

RESIGNACIÓN

No besaré ya más tus labios fríos,
amada mía, cuando estés despierta:
el amor tuyo es como un agua muerta,
y mi cariño se desborda en ríos.

Si desdeñando acaso los sombríos
signos de tu aversión, llego a tu puerta
y amor te imploro con el alma abierta,
huirán tus ojos de los ojos míos.

Mejor será, para mi desventura,
esperar en la noche estremecida
que el sueño vele tu mirada oscura.

Entonces ¡oh tristeza de la vida!
me acercaré con toda mi ternura
para besarte cuando estés dormida.

ARTURO BENET

«EL ESCRIBA»

EN lo alto de la Plaza Alta o bajo las arcadas de la Chica, se solía encontrar todos los días Benito «El Escriba», como le llamaban sus conocidos, el cual andaba ya muy cerca de los cuarenta años, usaba pantalón de soldado y chaqueta de mugriento dril, gorrilla de resobada visera y alpargatas de cáñamo bigotudo. Llevaba siempre, en el bolsillo superior de la chaqueta, un pañuelo de blanco hilo, derramándosele generoso por la pechera, como único y expresivo airón de pasadas grandezas. Entre las manos portaba una carpeta de cartón que le servía de mesa y de escribanía, de almohada y de caja de caudales, de instrumento de trabajo y de título académico.

Sentado en cuclillas bajo los soportales de la Plaza, estaba aquella mañana Benito «El Escriba», con el cartapacio entre las piernas, el bolígrafo sostenido en el lóbulo de la oreja y el cigarrillo entre la comisura de los labios, medio adormilado en modorra siestera.

Llevaba más de dos horas en aquella postura y no había aparecido todavía por allí ni un mal recluta al que escribirle la carta para la madre o la novia.

La mañana era gris y el viento fresquecillo. Además, en aquella esquina mordía fuerte el filo del aire, como los colmillos de los perros cortijeros que más de una vez se habían hincado en sus carnes vagabundas.

Tenía que esperar porque sabía que la joven aquella del pañuelo de lunares rojos y blancos en la cabeza no faltaba ningún domingo. ¿Le habría ocurrido algo desagradable? ¿Estaría enferma? Empezó a inquietarse. Desde luego ya había pasado, con mucho, la hora habitual en que la joven se le acercaba con el sobre y la cuartilla en la mano.

Se acojonó al pensar que podía perder tan buena clienta.

Ya cansado de esperar, decidió dar una vuelta por el mercado. Había mucha animación aquel domingo. Allí estaba, al comenzar la calle, sentada en la acera, la mujer aquella con el frasco lleno de ranos para comprobar el secreto de la vida y, enfrente, el hombre de las novelas con empalmadas muertas en el oeste americano; la vendedora del berro, el cardillo y la romaza, a dos reales el manojo, y el hombre de los quesos recién traídos del campo; el puesto de churros, bibobas y molletes, y, más allá, el buhonero de los collares de

rosados corales, para librar del mal de luna a los niños recién nacidos...

«El Escriba» se paró en el cruce de calles para charlar con el limpiabotas más vivales de aquel lugar, su gran amigo Colás.

—¿Qué tal se dan hoy esas escrituras? —le preguntó el gitano.

—Mal, muy mal — se quejó Benito—. Siquiera, antes, se hacían todos los días algunas solicitudes para salvoconductos, pero lo que es ahora...

—Eres un tonto —le espetó el otro—. Con lo que tú sabes, era para que ganaras los billetes «a espuestas».

—¿Quién, yo?

—Sí, hombre, sí, tú. Otros con menos saberes los ganan.

—Yo no sé más que escribir cartas.

—¿Qué no? Eso será porque tú lo dices. ¿A que no te atreves a hacer una cosa que yo te explique luego, con la que ganarías mucho dinero?

—¡Venga ya de ahí!

—Ahora tengo que ir a San Francisco, pero a las siete nos vemos en la taberna del Peso.

—Está bien.

—Hasta luego.

«El Escriba» volvió a su puesto. Afortunadamente allí estaba esperándole su cliente de siempre. Los ojillos grises de Benito chispearon de alegría al ver a Celia. Era ya muchos los meses que recibía aquella visita los domingos por la mañana y le sabía a gloria celestial. Era Celia una doncellita de muy bonita cara y fino palmito, y como no sabía escribir confiaba en «El Escriba» sus cartas para el novio que estaba en Melilla. Ella le había ido dictando frases y más frases acerca de sus quereres, un domingo tras otro, y, aunque nada más que de tránsito por su oído, eran las mejores ternizas que Benito escuchaba en toda la semana.

Celia era apasionada y elocuente, y en sus palabras iba dejando verter lo más delicado de su alma, lo más auténtico de su corazón, y todo ello había ido penetrando en las íntimas fibras de Benito, gota a gota, como un vino viejo, como un bálsamo nuevo, como un eterno duendecillo que no le dejaba en paz, pero que le proporcionaba una total felicidad, más intensa por menos confesada.

—¿Cómo tan tarde hoy? —preguntó «El Escriba» a la doncella.

—Pues porque la criada se ha ido al pueblo y he tenido que hacer yo todos los oficios de la casa —explicó Celia.

—Creí que estabas enferma —se lamentó Benito.

—¿Enferma yo? —se ufano ella—. Gracias a Dios no lo he estado nunca. Venga, que tengo prisa —urgió.

Y una vez más Celia fue dejando caer en los oídos del «Escriba» palabras de amor, el cual las pasaba al papel con fidelidad, interrogando con sus ojos a Celia, completando algunas frases o aclarando algún concepto confuso.

Terminada de escribir la carta y puestas las señas en el sobre, «El Escriba» se la entregó a la doncella, la cual, de una bolsa sacó

un abultado paquete y con dos pesetas de propina, puso todo en manos de Benito, mientras se despedía:

—¡Hasta el domingo!

—Si Dios quiere.

«El Escriba» quedó un poco triste. Ahora, entre semana, no solía tener más quehacer que el de llevar las cuentas al dueño de la taberna y posada del Peso, donde comía y dormía, más por caridad que por justicia.

Dio una vuelta por la Plaza Alta mordisqueando el bocadillo que le acababa de regalar Celia. Allí estaba, en un lateral, otro buen amigo suyo, el señor Luciano, con su puesto de todas las cosas de este mundo y algunas del otro, bien colocadas en el suelo, desde la plancha de carbón hasta la asegureja recién afilada, desde el encendedor de cuarta mano hasta la tuerca que no se encuentra en las ferreterías de postín, desde el mango del martillo a la cadena para la bicicleta.

La pregunta que le hizo el señor Luciano fue la de siempre:

—¿Qué tal se te ha dado la mañana?

—Mal, señor Luciano. No ha venido más que Celia, la de los domingos.

—¿Por qué no te pones a vender algo? Sacarías mucho más dinero que escribiendo cartas y solicitudes.

—No sé...

—Mira, a mí con este negocio me va divinamente.

—Habrá que pensar en algo.

Y mientras «El Escriba» se alejaba el señor Luciano pregonaba por todo lo alto sus mercancías, con magnífica voz de barítono y repajolera gracia. En la taberna esperó Benito pacientemente hasta que llegó Colás. Tomaron los amigos unos vasos de vino para que las palabras saliesen más rápidas y Colás planeó pronto el asunto:

—Yo te presto el dinero que haga falta, compras una cesta de mimbre, la llenas de limones, como hacía aquel viejecillo que murió con cerca ya de cien años y los vas pregonando por las calles que yo sé que aquel hombre sacaba así un buen jornal y ese puesto está ahora vacante en Badajoz.

«El Escriba» se resistía poniendo peros:

—¿Pero y si no los vendo? ¿Y si se me estropean?...

—Que va, hombre! Hay que intentarlo. Esta noche compro yo todo y mañana ya estás duro que te pego con los limones por las calles «abilletando jurdó». Te lo digo yo que de eso «diquelo» un rato largo.

—Está bien —cedió «El Escriba».

Desde muy de mañana el bueno de Benito salió por las calles con sus limones. De un brazo se pasaba al otro la cesta y en ninguno la encontraba bien colocada.

¿Dónde comenzaría a pregonar? Tenía sus dudas. No, aquí en la Plaza Alta; donde todo el mundo lo conocía, desde luego que no. Bajó hacia el centro. Se preparó para lanzar su primer pregón. No

le salió ni un mal murmullo. Se le había quedado dentro, muy dentro del alma.

Pensó que lo primero que había que hacer era idear mentalmente el pregón. Sus dudas iban del cuál al cómo. Por ejemplo, se decía, no estaría mal ese de: «Al rico limón», Pero no, porque así voceaban ya los del barquillo parisién, Y si dijera: «A los buenos limoncitos, limones!» Era muy corta la última parte y sonaba mal. Mejor sería: «Hay limones!» Pero así resultaba el pregón demasiado seco y era mala propaganda para un jugoso fruto.

Llevaba ya un buen rato parado, junto a un quiosco, pensando y requetepensando y bien veía que estaba perdiendo la mañana. Había que decidirse. Se puso de nuevo en marcha y se adentró por calles medianamente concurridas. Era mejor no pensarlo y saliese como saliese. Había que hacerlo pronto para quitarse el demonio de vergüenza.

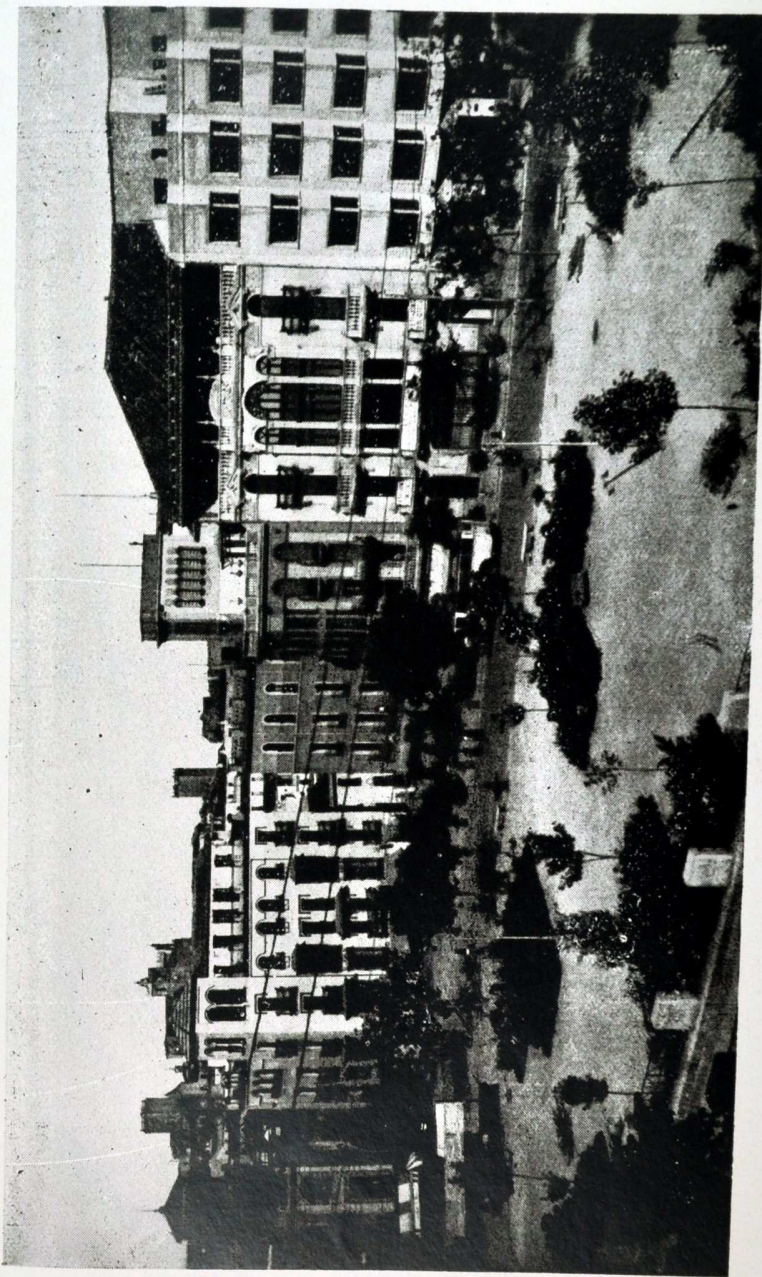
Fue contando mentalmente. A la una, a las dos Y A LAS TRES: «Al limón, limoncito, limón». Hasta él se asustó del pregón tan estridente, y malage que le había salido. Se volvieron hacia él unos chiquillos que jugaban a la pelota en la explanada, le miraron con mofa y empezaron a vocearle con ganas, con fuerzas, con crueldad.

«El Escriba» se encontró avergonzado, como si le acabasen de desnudar el alma. Se alejó a veloz paso y cuando ya se halló bastante lejos, se detuvo para tomar alientos. Descansó un poco y después se trasladó a otro barrio donde, por el momento, no se veían chiquillos por las calles. Había que volver a pregonar. Miró a un lado y a otro como el que va a cometer una mala acción. No había nadie y se decidió: «Al rico limón, limoncito, limón!». ¿Le habría oído alguien aquella voz tan atiplada y ridícula que se le había puesto? Aquella no era su voz corriente. Desde luego que sí, desgraciadamente, porque a un balcón salieron dos jovencitas, se pusieron a imitarle con mucha sorna y después; prorrumpieron en sonoras carcajadas. Y otra vez a remedarle. Huyó a buen paso.

Hizo enormes esfuerzos para evocar la tonada que tenía el pregón del viejecito, tan original y armonioso y no fue capaz de recordarlo.

Lanzó otro pregón y se escapó por la calle de la izquierda, pero al desembocar en una plaza amplia quedó aterrorizado, yerto, porque allí, hablando con otra joven estaba alguien que le pareció la mismísima Celia, afortunadamente de espaldas a la calle por la que él había entrado. Sintió un terror telúrico. Mecánicamente se dio media vuelta, prendió a correr, tropezó con el bordillo de la fuente pública, se le volcó la cesta de mimbre, cayeron dentro los limones... Y el agua, como en la poesía de Lorca, se puso toda de oro.

Arsenio MUÑOZ de la PEÑA



ALBUM EXTREMEÑO. — Cáceres. Paseo de Calvo Sotelo. (Foto Javier).